

res. Lo mismo resulta de una explicación que á menudo se dá por la sociedad ilustrada, pues cuando ocurre algo no común, se dice que es efecto de la electricidad. La tensión intelectual recibe un respiro suficiente, desde el momento que al resultado presentado por la observación añade el pensamiento algo con un nombre, aun cuando no sepa lo que es esta cosa y no se tenga ni la más pequeña idea de la manera como puede producirse tal resultado. Así, pues, reconociendo, hasta en nosotros, una inclinación á aceptar toda relación de la que se nos afirma la existencia entre una acción y una fuerza, con tal que la experiencia de cada momento no la contradiga, no se nos hará cuesta arriba ver como el salvaje, con menos experiencia y con hechos agrupados de una manera más vaga, adopta como perfectamente justa, la primera explicación que le sugieren las asociaciones familiares, para no pensar luego más en ello. Cuando los naturales de Siberia hallan mamuths embebidos en el hielo y huesos de mamuth esparcidos por el suelo, dicen que son los terremotos lo que ha sepultado tan enormes animales; los salvajes que viven en las cercanías de los volcanes creen que los fuegos de esas montañas son los que sus antecesores habian alumbrado para sus cocinas; ello es, que los Siberos, lo mismo que esos salvajes á que nos referimos, no hacen más que dar ejemplos extremados de la tendencia que lleva á todos los hombres á llenar la laguna de la relación causal poniendo en otro la primera fuerza que se presenta á su espíritu.

Además, se puede observar que el espíritu no se limita á aceptar fácilmente toda explicación suministrada por experiencias comunes, sino que se contenta perfectamente con la primera explicación que tiene á mano, sin que muestre tendencia alguna á pedir nada más. Es por esto que niegan los Africanos tener obligación alguna para con Dios, y así dicen «que es la tierra y no Dios lo que les dá el oro que se extrae de sus entrañas; que la tierra les dá el maíz... y que los frutos los deben á los Portugueses que han plantado los árboles,» y así sucesivamente; prueba, pues, que cuando una relación entre el último consecuente y su antecedente inmediato se ha establecido en el pensamiento, todo se ha acabado. El espíritu no tiene la facultad de adelantarse para formular una cuestión respecto de un antecedente más remoto.

Añadiremos á lo dicho otro rasgo, como consecuencia de los precedentes. El espíritu concibe los objetos y las relaciones complejas, segun los objetos y las funciones simples á las cuales se parecen superficialmente, en la medida en que ha de formar concepciones inconscientes y confusas. La confusión intelectual que une en nosotros dos modos de explicación de las epidemias, esto es, el que les asigna por causa las malas condiciones higiénicas, y el que hace de

las mismas ministros de la venganza divina, ha de unir, en los hombres primitivos, todavía creencias más incompatibles. Los viajeros notan generalmente que sus creencias están en una disparatada oposición. Ciertas ideas fundamentales que se encuentran entre los Iroqueses son, segun Morgan, «vagas y diversificadas,» otras, que se observan entre los Criks son, segun Schoolcraft, «confusas é irregulares;» otras, de los Rasens, le merecen á Mason el dictado de «confusas, sin precisión y contradictorias.» Por todas partes se encuentran grandes inconsecuencias que vienen de que se descuida de comparar las proposiciones; por ejemplo, «casi á un mismo tiempo dirá un Malgache que cesa de existir en el momento de la muerte... y que tiene por costumbre rogar por sus antepasados,» inconsecuencia particular que se encuentra entre otros pueblos. Si queremos saber lo que hace posible procedimientos tan ilógicos, no tenemos más que encerrarnos en nosotros mismos. Por ejemplo, es una opinión corriente que una manera de preservar de todo peligro á la persona que un perro rabioso acaba de morder, es la de matar el animal; otro ejemplo todavía, el absurdo en que caen por lo común los que creen en los aparecidos, cuando admiten que los espíritus se presentan vestidos, pues con esto admiten implícitamente que también los trajes reaparecen, sin que se fijen en esta creencia implícita. Entre hombres, pues, de razas inferiores, mucho más ignorantes, y mucho menos capaces de pensar, no hay duda que hemos de encontrar un caos de nociones, y que han de aceptar fácilmente doctrinas que nos parecerán siempre monstruosas.

Ahora, pues, estamos preparados, en cuanto la cosa es posible, para comprender las ideas primitivas. Hemos visto que, para dar una explicación verdadera, es necesario reconocer que, en las condiciones en que se producen, son naturales. El espíritu del salvaje, como el espíritu del hombre civilizado, no tiene otro método que el clasificar los objetos y las relaciones de la experiencia presente con los objetos y las relaciones de la experiencia pasada que se le parezcan. Una clasificación bien hecha implica una facultad bastante compleja para abrazar con el pensamiento los grupos de atributos que las caracterizan y los modos de acción de esos atributos. En defecto de una aptitud suficiente, el espíritu opera una clasificación simple y vaga, segun las semejanzas que de momento percibe, tanto para los objetos como para las acciones; de donde las nociones groseras demasiado simples y de especies sobrado poco numerosas para representar los hechos. Además, esas nociones groseras son incompatibles en el más alto grado. Ahora veamos los grupos de ideas que forma y caracteriza este método.

En el cielo, hace pocos momentos claro, apercibe el salvaje una nube pequeña que va extendiéndose por instantes. Otra vez nota que esas masas móviles se destrian y desaparecen, y que la masa entera desaparece igualmente ante sus ojos. ¿Qué pensamientos pueden despertar en él tales espectáculos? Él no sabe nada de la precipitación ni de la disolución del vapor; nadie se ha encontrado en aquel momento á su lado para decirle: «eso no es más que una nube.» El hecho especial que se impone á su atención es, que una cosa que antes no podía ver se ha hecho visible, y que una cosa que era visible, se disipa. La causa, el lugar, el fin de esta última cosa no puede decirse; pero el hecho existe.

En ese mismo espacio que se extiende por encima de su cabeza se operan cambios. Cuando el día baja se muestran aquí y allá puntos brillantes cuyo brillo se hace cada vez más vivo á medida que se hace más densa la oscuridad; luego, al alba, palidecen, y poco á poco se apagan hasta no quedar ni uno solo. Esos objetos difieren por completo de las noches por su forma, dimensión y color, etc., y difieren de una manera tan continuada, cuanto que reaparecen sin cesar en el mismo lugar poco más ó menos, y en las mismas posiciones unas respecto de las otras, y no se mueven sino de una manera muy lenta y siempre en el mismo sentido; pero se parecen á las nubes en eso de ser ora visibles ora invisibles. Claro está que una luz brillante ofusca enteramente luces menos intensas, y que las estrellas no dejan de brillar durante el día, aun cuando no las vea el salvaje; pero esos hechos están por encima de la fuerza de su imaginación. La verdad, tal como él la percibe, es que ora esos seres se muestran, ora se ocultan.

Aun cuando difieran grandemente el Sol y la Luna de las nubes y de las estrellas por la manera como se conducen, ello es, que también como las nubes y las estrellas, ora se hacen visibles, ora invisibles. El Sol se levanta del otro lado de las montañas; de cuando en cuando pasa por detrás de una nube y no tarda en reaparecer; luego acaba por ocultarse debajo del nivel del mar. De la misma manera la Luna, de una noche á otra, va aumentando de tamaño lentamente; luego disminuye y desaparece, pero poco á poco reaparece bajo la forma de un creciente delgado y brillante, y entonces el resto de su disco es tan poco visible, que no parece sino que existe de ella solo una mitad.

Añádanse á esos hechos de ocultación y manifestación, los más comunes, otros varios, todavía más sorprendentes, como los cometas, los meteoros, la aurora con sus arcos y sus juegos de luz intermitentes, el resplandor del rayo, el arco iris, los halos, etc. Todos esos hechos difieren tanto de los precedentes,

como entre sí; pero todos tienen un carácter común, esto es, todos aparecen y desaparecen. De modo que á pesar de su ignorancia, y por cuanto es capaz de recordar y de agrupar las cosas que recuerda, ha de mirar el cielo como una especie de escena en que un gran número de seres entran y salen, los unos merced á un movimiento gradual, los otros por un movimiento súbito, pero parecidos todos ellos por cuanto no puede decirse ni de donde vienen, ni á donde se van.

Y no es solo el cielo, puesto que también la superficie de la tierra nos ofrece numerosos ejemplos de una desaparición de cosas cuya aparición era inexplicable. Hé aquí que el salvaje apercibe pequeñas masas de agua formadas por gotas de lluvia procedentes de una fuente que no puede alcanzar, y hé aquí que en algunas horas esa masa de líquido se hace invisible. Más todavía, una niebla, tal vez poco extendida, aislada, encerrada en una hondonada, lo envuelva todo, cuando no hace más que un instante que ha venido, y tal vez, por lo contrario, va á marcharse sin dejar huella alguna de su presencia; pero que á medida que uno va acercándose parece que el lago se aleja, sin que pueda encontrarse. Lo que en el desierto se llama un torbellino de arena, y en el mar una tromba, son para el hombre primitivo cosas que se mueven, que aparecen y desaparecen. Si mira al Océano, vé una isla que le consta que está muy lejana, y que generalmente es invisible, levantarse del fondo de las aguas; al otro día, precisamente encima del horizonte vé la imagen puesta al revés de un buque, tal vez sola, tal vez unida á una imagen recta colocada encima. Algunas veces percibe objetos terrestres en la superficie del mar, ó en el aire encima de su cabeza: un espejismo; y otras veces delante de él, en medio de la bruma, vé aparecer una imagen gigantesca que se le parece; un espectro de Brocken. Esos hechos, comunes unos, raros otros, son la repetición de la misma experiencia, mostrando el paso de lo visible á lo invisible.

Preguntemonos todavía cuál ha de ser la concepción original del viento. Consideremos los hechos fuera de toda hipótesis, y veamos que cada soplo de la brisa, que cada ráfaga de viento dá lugar á la concepción de una fuerza que no es ni visible ni tangible. Nada en los primitivos estados del pensamiento dá idea del aire, tal como hoy nos es familiar, y aun hemos de confesar nosotros mismos cuán trabajosa no se nos presenta la idea de que el medio ambiente hay que considerarlo como una sustancia material. El hombre primitivo no podía ver en ello una cosa obrando á manera de las que él vé y toca. En el espacio vacío que en apariencia le rodea, aparece de cuando en cuando un agente invisible que tuerce los árboles, arrastra las hojas, y turba el espejo de las

aguas; que agita sus cabellos, refresca sus mejillas, y aun hay momentos en que empuja su cuerpo con tanta fuerza, que á duras penas puede resistirlo. ¿Cuál es, pues, la naturaleza de ese agente? Nada puede decirlo; pero hay una cosa que se impone de una manera irresistible á su conciencia: y es que un sér que no se puede ni comprender ni ver, puede producir sonidos, mover los objetos á su alrededor y aun darle de bofetadas.

¿Cuáles, pues, serán las ideas primitivas que nazcan de las experiencias derivadas del mundo inorgánico? Careciendo de toda hipótesis el hombre primitivo, y dicho se está que la hipótesis no es posible en los primeros estados del pensamiento, ¿cuál es la asociacion intelectual que desenvuelven esos innumerables hechos, que se producen unos á largos intervalos, otros cada dia, otros á cada hora, otros de minuto en minuto? Lo que en primer lugar resulta, bien que bajo numerosas formas, es una relacion de un modo de existencia perceptible con un modo de existencia imperceptible. ¿De qué manera considera el salvaje esa relacion? No puede ser ciertamente bajo la forma de una sustancia que se disipa en vapor, ó que nace de un vapor que se condensa, ni bajo forma de una relacion óptica que produce ilusiones, ni bajo ninguna de las formas que nos enseña la física. ¿Cómo, pues, expresarla? Recordemos las observaciones del niño, y tendremos la clave que nos hará descubrir la respuesta. Cuando el niño vé desaparecer de la pantalla en que se proyecta la imágen de una linterna mágica, en el momento en que se retira el vidrio de la corredera, ó bien cuando la luz reflejada sobre un muro por medio de un espejo, desaparece cuando aquel cambia de posicion, el niño se pregunta instintivamente qué ha sido de aquellas imágenes. La idea que nace en su espíritu no es que una cosa que no se vé más no existe, lo que él cree es que aquella cosa ahora no es aparente; y lo que le lleva á creerlo, es que él observa cada dia que las personas desaparecen cuando pasan por detrás de los objetos de la vecindad, que cosas hay que pasan fuera del alcance de la vista, lo que le sucede á él mismo algunas veces y le hace hallar un juguete perdido ó escondido. Así tambien el hombre primitivo se forma la idea de la existencia de seres que ora se muestran ora se ocultan. Cuando un animal se oculta entre las malezas, y no puede encontrarle el salvaje que sabe que lo ha herido, supone que se ha escapado de una manera incomprensible, pero que por esto existe; de la misma manera, falto de conocimientos acumulados y organizados, todas las experiencias de que acabamos de hablar hacen suponer que un buen número de cosas que nos rodean y que están por encima de nuestras cabezas, pasan á menudo de un estado visible á un estado invisible, y recíprocamente. Los efectos del viento son la prue-

ba de que hay una forma invisible de existencia, que muestra su fuerza; luego esta creencia es plausible.

Ya solo nos falta indicar que al lado de esta concepcion de una condicion visible y de una invisible que pertenece á cada una de esas numerosas cosas, se forma la concepcion de la dualidad. Cada una de esas cosas en cierto sentido es doble, puesto que pone dos maneras de ser complementarias.

Notemos en seguida hechos significativos de otro orden que de tiempo en tiempo descubre el hombre primitivo, hechos que imprimen en él con una fuerza irresistible, la creencia de que las cosas son susceptibles de sufrir una transmutacion de un género á otro. Me refiero á los hechos que los restos fósiles de animales y de plantas imponen á su atencion.

Mientras está ocupado en buscar de qué comer por la orilla del mar, apercebe en una roca una concha que, tal vez no es de la misma forma de las que él recoge, pero que se le parece lo bastante para considerarla como una de tantas. Pero en lugar de encontrarla libre, está adherida á la roca formando parte de una masa sólida: la rompe y encuentra que el contenido es tan duro como la cáscara. Hé aquí, pues, dos formas análogas, una compuesta de concha y de carne, y otra compuesta de concha y de piedra. Pero allí cerca, entre una masa de restos arcillosos, desprendida de una márgen, recogé una ammonita fósil. Tal vez, como para la *Gryphaea* que acaba de examinar, encontrará una envoltura testácea con un contenido petroso. Tal vez, como sucede para ciertas ammonitas del lias, cuya concha disuelta ha desaparecido, dejando las masas de arcilla endurecida que llenan sus cámaras mal unidas unas con otras, le den idea de una série de vertebrados articulados y enroscados; ó bien, como sucede para otra clase de ammonitas del lias cuya concha está reemplazada por piritas de hierro, vea en ello algo con visos de piel de serpiente. Y como hay puntos en donde se llama á esos fósiles serpientes petrificadas, y que en Islandia se les toma por las serpientes excomulgadas por San Patricio, no habria por qué sorprendernos de que el salvaje, desprovisto de todo espíritu crítico, que clasifica esos objetos con aquellos que más se le parecen, los tome por serpientes metamorfoseadas que antes eran de carne y hoy son de piedra. En otro punto, en una hondonada abierta por un torrente en el gres, observa á la superficie de una masa de piedra la imágen de un pez, lo observa atentamente y puede hasta señalar sus escamas y aletas; en otro sitio halla igualmente incrustados en la roca cráneos y huesos que no difieren gran cosa de los que mata para comer; y hasta reconoce á algunos muy parecidos á los del hombre.